



Alejandro Tapia y Rivera

Adiós al buen tiempo
poesías y mesenianas

Índice

A mi querido amigo Frank

Poesías

Una ausencia

A Elena

(Madrigal)

Un rayo del cielo

Un ave errante

(Canción)

la hoja del Yagrumo

(Trova puerto-riqueña)

A mi novia de año nuevo

(1856)

Romance

A Goyita

Enviándole una piña

(Trova puerto-riqueña)

Himno-salve a la Virgen de la Providencia

A mi madre
Málaga y Gibralfaro
Romance dedicado al Círculo científico, literario y artístico de
Málaga
Al digno y sabio intendente Don Alejandro Ramírez
El ángel del amor
Al insigne poeta bucólico Bernardo de Balbuena
Enterrado en la Catedral de la ciudad de Puerto-Rico
Romance
Las lágrimas del Loisa
A una señorita
(En su álbum)
Los ojos de...
A una dama
(En su álbum)
Glosa
Sus ojos
La plegaria de una virgen
Elena
Guamaní
A mi buen amigo Andrés S.
(Trova puerto-riqueña)
Al niño Alfredo de H. y R.
A monte Edén
A una «dama de noche»
Una limosna
Ángel tú... ya no
El último borincano
Mesenianas
A mi Eva
La palma de Jesús del Monte
En el álbum de la Sra. Doña M. S. de A.
A la señorita Matilde R.
El Heliotropo
A mi amigo Eduardo Acosta
El aprecio a la mujer es barómetro de la civilización

A mi querido amigo Frank

«Llega una edad sin nombre
que no es vejez, ni juventud, ni infancia».

Hernando

«En que la flor y la ilusión del hombre
pierde el matiz y la sutil fragancia».

Jacobo

Edad en que debiera permanecerse, porque es el punto de intercepción de maduras experiencias que van viniendo, con las ilusiones que se van marchando: encrucijada entre la cuna y la tumba, entre la fe y el desencanto.

El Bardo de Guamaní

«La vida es el ruido que hace la muerte para que no se oigan sus pasos» ha dicho un célebre escritor. En la juventud el ruido es más intenso; aquellos se oyen menos aun, permítaseme esta adición. En esa edad dorada, el fuego de la vida, que Prometheo robó a los dioses, arde más activo en los corazones; la vida puede decirse que termina con aquella edad. Lo demás es existir en sombra y en recuerdo.

La juventud y el genio son mellizos; ambos viven del entusiasmo: la poesía es el entusiasmo sujeto a ritmo. ¿Qué tiene pues de extraña la afición que ella inspira a la juventud? Los que han recibido de la cuna el don de la forma, de la expresión, serán mejores poetas que esos genios misteriosos, almas poéticas privadas de manifestación, pero no más poetas: seres cuyo estro permanece subjetivo, que no han sabido formular sus vagas concepciones: palabra sin letras, armonía sin sonido, poesía en éxtasis o en acción. ¿Quién no ha hecho versos? exclamó Larra ¿quién no lo ha intentado? -Dígalo vuestra particular historia en este mundo, seres amigos que me leéis; preguntadlo a las sensaciones de vuestra infancia, a los primeros impulsos amorosos de vuestra juventud. El amor, que es la poesía en su más delicada forma, es la nodriza de los poetas; él es quien mueve por primera vez las cuerdas de sus liras. Si habéis amado, pues, ¿en qué libro hallasteis un idilio más bello que la sonrisa de vuestra hermosa? ¿dónde elegía más tierna que su mirada lacrimosa y expresiva? ¿qué arpa más dulce que su palabra de amor arrobadora? Si vuestro corazón se ha encendido en la noble hoguera de una patria, en el santo fuego de la humanidad, esa patria hoy de los altos espíritus, de los grandes corazones; ¿en dónde hallasteis poema tan divino? Formulad, rimad esos destellos de un don celeste, y tendréis creaciones tan placenteras como las campestres de Virgilio, tan amorosas como las de Tasso; tan heroicas como las de Quintana, tan celestiales como las de Milton; poesía misteriosa como lo íntimo del alma, aérea como la luz, vagarosa como el suspiro, muda como el pensamiento; poesía solitaria que, como el ave errante, se cierne en los aires, sin que el inhumano cazador que la persigue, alcance a escuchar la dolorida voz de su quebranto.

Yo también, amigo Frank, gracias sin duda a la dorada edad, he divagado en espíritu por esos mundos apocalípticos, ideales, heme mecido en las flotantes nubes del misterio, he llegado a llamar a las puertas de lo infinito, he vivido entre las visibles tinieblas, pálido crepúsculo que solo ha servido para mostrarme las sombras de mi alma; como Dante, he amado a Beatriz, he vivido con el espíritu en aquella Florencia que le dio el ser, y al lúgubre sonido de la campana de la tarde, he ido a llorar a un claustro las amarguras de una vida, que hacía más solitaria la triste y eterna ausencia de la hija de Portinari; hase paseado mi alma por las riberas del Arno, envuelto mi pensamiento en las brumas borrascosas de la edad media, suspendido entre Grecia y Roma, entre el Partenón y el Vaticano, teniendo siempre ante mis ojos la imagen triste, el fantasma de mi Florencia, de aquella «*Serva, di dolore ostello*» que se levantaba de vez en cuando en la oscuridad de mi destierro, para arrancarme una lágrima de piedad o el sarcasmo de la ironía:

nave seriza nochiero in gran tempesta
ne donne di provincie ma bordello!

He comido el lastimero pan de que habla el poeta, aquel «*pane altrui qui sa da sale*»; heme batido dudoso entre Güelfos y Gibelinos; por último, he llevado en mi corazón toda una città dolente, obligado a dejar ante sus terribles puertas ogni speranza. Y sin embargo, todo esto ha pasado en los abismos de mi yo latente y oscurecido, sin encontrar ni un arpa, ni un salterio melodioso capaz de expresar cuanto he alimentado en mi alma, sepulcro cubierto con la losa de un semblante con frecuencia risueño, pero risueño con esas guirnaldas con que se adornan las losas de los muertos. He pecado a mi vez, he escrito versos y heme arrepentido con propósito de una enmienda que ha sido ilusoria.

Tú y yo acabamos de dejar la primavera, ese «buen tiempo» para entrar en el abrasado estío; aun conservamos algunas ilusiones; treguas pues al completo desencanto a que nos va llevando la experiencia. Y cuando el encanecimiento, quizá prematuro, llegue para nosotros, sea la nieve de un Soratá que no podrá apagar en mucho tiempo el fuego que arde en nuestras entrañas. Para esto me complazco en recoger algunos de los suspiros y pensamientos que, a manera de hojas secas, ha ido dejando mi alma en su mundana peregrinación. Con estas hojas secas podré atizar un tanto el mortecino hogar de las yertas estaciones, de la triste vejez, si allá se llega.

Lejos de mí creer que tengan alguna significación para el arte ni para el vasto mundo del pensamiento estos juguetes con que voy a formar una de tantas colecciones inútiles. Estas composiciones, que solo representan momentos de viveza juvenil, habrán de ser nada significativas para quien busque en ellas más que un frívolo pasatiempo; ellas solo serán de algún crédito para los amigos del poeta, cuyo indulgente cariño puede hacer, de una medianía, un genio Byroniano. Los ojos afectuosos sabrán leer en un alma tierna y vigorosa, y sabiendo leer en este poema ¿cuál les parecerá más grande? Ellos podrán tenerme presente en esas ausencias que a menudo dispone la rueda del mundo y que son ensayos de la eterna.

Por otra parte, las semblanzas y los retratos están en moda -si aceptamos los de los indiferentes, con más razón deberé yo procurarme el retrato de aquel «buen tiempo» que me es tan querido-. Lo pasado es una religión para los que no son felices, y el recuerdo es la rosa de la poesía. -Por lo que hace a ti, amigo mío, ¿podría mi buen tiempo aspirar a un espacio cariñoso en ese álbum reservado que se llama tu corazón?

Acoge pues esta fotografía de mi juventud; en ella figura, a manera de ameno paisaje, alguna memoria consagrada a la tierra en que nacimos, un recuerdo de aquellos campos y aquel cielo de nuestra Borinquen, risueños para nosotros a pesar de nuestra ausencia. Tu imaginación hermoseará mis pensamientos, y tu cariño de amigo de la infancia y de compatriota, serán para la palidez del cuadro una luz a que puedan contemplarse sin desagrado. Recuerda que la belleza está en los ojos del que mira. Recibe con esta modesta colección de poesías que titulo mi «Adiós al buen tiempo» un apretón de manos y un abrazo de tu invariable Alejandro.

Poesías

Una ausencia

¡Oh! ¡cuán triste se queja el alma mía!
Si la mañana hermosa
con su rosado velo,
con plácida armonía
me saluda al subir al alto cielo, 5
por mi amante deliro
y saluda a la aurora mi suspiro.

Si la tarde apacible
con su franjado cielo bonancible
risueña me corona, 10
y si arrulla mi frente
con deleitoso y perfumado ambiente,
me contristo también, porque mi alma
no halla sin ella la apacible calma.

¡Si la noche serena, 15
de paz y encanto llena,
me halaga cariñosa,

si luz vierten radiosa
los astros que se encumbran,
en vano piden luz mis tristes ojos, 20
sus ojos no me alumbran!

¡Cuán dichosos aquellos que en la ausencia
del hado hallan clemencia
y ven do quiera la mujer querida;
en tanto que a mi queja dolorida 25
responde soledad muda y eterna!
Su imagen pura, su memoria tierna
son recuerdo no más, ilusión vana...
Deliciosa mañana,
encantadora tarde, noche fría, 30
¡oh! ¡cuán triste se queja el alma mía!

A Elena

(Madrigal)

Colúmpiase en el valle una azucena
tan pura y tan galana
como de abril la cándida mañana.
El zumbador que la enamora tierno
de su pudor y su beldad celoso, 5
no se atreve a libar en su corola
el néctar delicioso;
del sustento es priva
porque lozana y candorosa viva,
y muriera contento 10
gozando los perfumes de su aliento:
encantadora Elena,
yo soy el zumbador, tú la azucena.

Un rayo del cielo

Tus ojos me miraron
y en bello oriente,

un astro me mostraron
resplandeciente.
Pagó tu labio bello 5
mi amor sumiso,
y el astro fue destello
del paraíso.
Más en vano encendiste
mi grato anhelo, 10
y a la tierra trajiste
la luz del cielo,
si en breve has apagado
mi sol querido
y en sombras me ha dejado 15
tu yerto olvido.

Un ave errante

(Canción)

¿Hacia dónde tu vuelo
diriges, ave triste?
¿Quizá, ay de ti, perdiste
la prenda de tu amor?
¿O acaso el árbol bello 5
donde guardaste el nido,
el hacha ha destruido
o el fuego abrasador?

Tu canto que allá un día
sonaba placentero, 10
su acento hoy lastimero
al bosque llevará;
que solo es el recuerdo
de dicha ya perdida,
que un eco a voz querida 15
en vano pedirá.

Cual tú, también yo cruzo
los aires con mi vuelo,
cual tú también anhelo
e ignoro lo que soy; 20

también ha muerto el árbol
de mis queridas glorias,
de lúgubres memorias
huyendo cual tú voy.

También lloran mis ojos, 25
y mi palabra ansiosa
se pierde dolorosa
las nubes al cruzar,
mi mente en las tinieblas
se pierde del destino, 30
cual tú, yo sin camino
me entrego al vago azar.

¡Ah! nuestra noche, oh ave,
es triste y solitaria,
¡cuán vaga es la plegaria 35
de nuestra soledad!
¿Y qué será de entrambos
en nuestra marcha errante,
cuando su voz levante
la negra tempestad? 40

la hoja del Yagrumo

(Trova puerto-riqueña)

Yo vi los negros ojos
de una trigueña,
cuando iba hacia los montes,
a cortar leña:
¡ojos de fuego! 5
Sentí que me dejaban
de amores ciego.

Seguí triste y turbado
por mi camino,
dejando a mis espaldas 10
perdido el tino;

sin pensamiento,
como la hoja que lleva
volando el viento.

Llegado que hube al monte 15
me eché en el suelo,
al pie de la arboleda
que cubre el cielo,
y allí en la calma
busqué paz y contento 20
para mi alma.

Y era la primer hora
de hermoso día,
mil pájaros la daban
su melodía, 25
y suspirando
vagaban por los aires
su amor cantando.

A la par que un pintado
bello sinsonte, 30
risueña flor del aire,
cantor del monte,
con voz parlera
dio comienzo a su trova
de esta manera: 35

«Escuchad, pajarillos,
que amáis cantando
de arbusto en arbusto
cantáis saltando,
no en el Yagrumo 40
poséis el raudo vuelo:
su amor es humo.

»Escuchad pues la historia
que he de contaros,
y su ejemplo os enseñe 45
de él alejaros,
y con cautela
a correr tras la dicha
que el alma anhela.

»Aunque es bella y lozana 50
la flor de amores,
tiene crueles espinas
cual otras flores;
si tenéis dudas
probadlo y sentiréis 55
penas agudas.

»Que la hembra al varón dice
y él a la hembra,
¡guay de aquel que en vosotros
cariño siembra!- 60
¡Pobres humanos!
¡se olvidan de que todos
nacen hermanos!

»Hubo un tiempo, avecillas,
que dos amantes 65
en su amor se juraron
vivir constantes
y de sus almas
los votos presenciaron
ceibas y palmas. 70

»Poco tiempo vivieron
los dos amados
sin que su ser turbasen
fieros cuidados,
porque la ausencia 75
muy presto vino a herirles
con su inclemencia.

»¡Contratiempo maldito!
¡ausencia cruda,
que pensar y aficiones 80
traidora muda!
Los dos mudaron
y su amor y suspiros
pronto olvidaron.

»Amor por castigarles 85
su falta insana,
convirtió en vanos leños
su forma humana;
y fue el Yagrumo

la forma que tomaron, 90
según presumo.

»Mirad cómo sus hojas
el viento leve
sin cesar, de continuo
las cambia en breve, 95
y el tronco ufano
un corazón encierra
frágil y vano.

»Que en los campos reinaba
perseverancia, 100
y solo entre los hombres
vivía inconstancia,
y la trajeron
y las plantas y flores
la conocieron. 105

»Desconfiad del Yagrumo,
que en los amores
la confianza muy ciega
cuesta dolores;
y al soplo leve, 110
del Yagrumo la hoja
se cambia en breve»-.

Terminó así el sinsonte
la trova grata,
y alejose volando 115
de mata en mata;
y pensativo
a cortar yo mi leña
comencé activo.

Y a los golpes del hacha 120
-¡Ay! repetía,
guarda tus negros ojos,
trigueña impía.
¡Ojos de fuego!
volvedme mis amores 125
que no estoy ciego.

Y a los golpes de mi hacha

de esta manera
derramaba mis ayes
en la pradera; 130
y así cantando
llegó la tardecita
solaz brindando.

Puse al punto los haces
sobre la espalda, 135
y en pos de mi casita
trepé una falda,
do hallé muy luego
a la hermosa trigueña
de ojos de fuego. 140

«La mujer es Yagrumo
cuya hoja aleve,
el más ligero soplo
la cambia en breve»
y así diciendo 145
yo pasé sin mirarla,
de amor huyendo-.

EL BARDO

Mas luego pasó el tiempo
y en cierto día
el leñador ¡incauto! 150
ya no la huía;
y del sinsonte
por no oír los cantares,
no volvió al monte.

La trigueña era hermosa, 155
de ojos de fuego,
y él con ciegos amores
volvió a estar ciego:
no vio que aleve
del Yagrumo la hoja 160
se cambia en breve.

A mi novia de año nuevo

(1856)

Romance

Zagala de estos valles
nacida entre las flores,
el genio de año nuevo
amable sonriome.
Envidia os doy, campiñas, 5
envidia os, doy, oh bosques,
que es mía vuestra reina,
la reina de las flores-.
Zagala venturosa,
si por el valle corres, 10
creerán los pastorcillos
que tu beldad conocen,
que primavera grata
ogaño se dispone
a derramar festiva 15
su encanto y sus primores.
Y ¿acaso no le prestan,
tu voz gratos rumores,
tus ojos luz hermosa,
tus labios arreboles? 20
Si en tu cabaña alegre
te guardas y te escondes
¿qué dejas a los campos
zagalas y pastores?
En vez de la zampoña 25
que con festivos sonos
alegra en las majadas
las campesinas noches;
tan solo habrá plañidos,
tristísimas canciones, 30
veladas sin encantos
y ensueños turbadores.
¡Ah! que el Abril hermoso,
zagala, te corone,
graciosa novia mía 35
nacida entre las flores.
Del prado los almendros

que tu morada esconden,
florezcan a tu vista,
risueño sol de soles. 40
En su ramaje verde
lasavecillas posen,
y el himno de tus gracias
con voz meliflua entonen;
y el viento entre sus hojas 45
murmure dulce el nombre
del ser que venturoso
disfrute tus amores.
Yo, bardo de tus gracias,
seré feliz si entonces, 50
en medio del encanto
de aquel amado nombre,
en tu amistoso pecho
benigna y dulce acoges
la voz que a ti consagra 55
su cántiga hartopobre.
Envidia os doy, campiñas,
envidia os doy, oh bosques,
que es mía vuestra reina,
la reina de las flores. 60

A Goyita

Enviándole una piña

(Trova puerto-riqueña)

Goyita de mi alma,
de ti distante,
el dolor atormenta
mi pecho amante.
¡Ah! ¡quién pudiera 5
recibir en tus brazos
la muerte fiera!
Que para mí más grata
ella sería,
que lo es de ti ausente 10
la vida mía.
Es la ventura
el vivir y no verte,

dulce hermosura!
Buscando aquí un presente 15
que consagrarte,
no encuentro nada propio
que regalarte;
que en mi pradera
todo muere Goyita 20
si tú estás fuera.
Hay una planta sola
verde y lozana,
gracias a que la riego
tarde y mañana; 25
yo la cultivo
porque es de ti memoria,
retrato vivo.
Da una fruta más dulce
que el pan de abejas, 30
y en lo dulce parece
de amor tus quejas;
tu grato aliento
remeda su perfume
que aroma al viento-. 35
Goyita, es una sola
la que te envío,
nacida en mis vergeles
por el estío.
El sol la dora 40
que es de todas las frutas
reina y señora.
Su verdor y dorado
no es tan hermoso,
como aquel de tu labio 45
carmín precioso;
y en la campiña
no hay fruta más sabrosa
pues es... la piña.
¿Recuerdas aquel día 50
Goya amorosa,
en que piña me daba
tu boca hermosa;
y sin tu agravio
tomaba yo la piña 55
que había en tu labio?
No sé si la que ahora
mi amor te envía,
habrá de ser tan dulce
cual la de un día. 60
¡Ay! ¡si pudiera
tomarla de tus labios
aunque muriera!

Himno-salve a la Virgen de la Providencia

CORO

Dios te saluda, oh María:
trajiste a la tierra amor
y el hombre en su desamparo
«Providencia» te llamó.

Llena estás de eterna gracia, 5
flor preciosa
y amorosa
que el eterno cultivó;
y cuando a la tierra fuiste
enviada, 10
perfumada
para siempre ella quedó.

El Señor está contigo:
su clemencia
y alta esencia 15
te dio, virgen inmortal;
bendita entre las mujeres,
la más bella,
cual estrella
luz y norte celestial. 20

Y bendito ha sido el fruto
venturoso
que amoroso
al mundo anunció Gabriel,
pues con su sangre querida 25
y su cruz y
su luz
nos redimió de Luzbel.

Si los ángeles te cantan
melodías, 30
que alegrías

dan a tu egregia mansión;
ángeles somos nosotros
por ti amados,
¡desterrados!... 35
Danos pues tu bendición.

A mi madre

Oh sol de mi niñez, madre querida,
que te ocultas en nubes de pesares,
los ecos de mi alma entristecida
lleve hacia ti la brisa de los mares.

No muevo el arpa a melodioso canto 5
por seguir el fantasma de la gloria,
cada son es la gota de este llanto
que consagro a tu plácida memoria.

Si lleno de pesar mi triste pecho
su llanto no vertiera en este día, 10
a mis penas el alma cauce estrecho
en mares de dolor se anegaría.

Si yo culpable fui o si he sembrado
de crímenes la tierra que me abriga,
o al cielo en su justicia he provocado 15
¿porqué, oh madre, porqué cruel te castiga?

¿Porqué sumida en la doliente ausencia
te erige sus cadalsos el dolor?
Tu delito fue darme la existencia,
¡fue tu delito tu materno amor! 20

¿Quién de ti me apartara, madre mía?
¿Quién ha turbado tu felice anhelo?
el que trueca en desorden la armonía,
y la paz ahuyentó del triste suelo.

El oro, sí, fue el oro mercenario 25
que abrojos presta al cabezal del hombre,
el oro a la ventura necesario
hasta de aquel que aborreció su nombre.

Lo buscaré, sí, madre, y la ventura
a vivir con nosotros volverá, 30
su tiránica ley, de la natura
los vínculos de amor no romperá.

En arras pues de bienhechores tratos
van con destino, madre, a tu sustento,
de mi primer afán los dones gratos, 35
son muestras de esperanza y de contento.

Que no la vanidad ni las grandezas,
ni codicias injustas, criminales,
me impulsan a soñar con las riquezas,
mis fines son, lo juro, celestiales. 40

La paz del corazón, el goce santo
de la familia en el honrado gremio,
el bien no individual, son el encanto
que busca el corazón cual grato premio.

¡Ah! ¡si cual ave que llevó ligera 45
a sus hijos las presas inocentes,
en alas de mi amor volar pudiera
o darte mis abrazos elocuentes!

Tú me diste tu sangre en alimento
en la risueña edad de mi lactancia, 50
hoy mi sudor, mi ser, todo mi aliento
los cuidados te pagan de la infancia.

Y aun yacen en mi pecho enrojecidas
por fuego de virtud, las bendiciones
que me diste al partir, no desoídas 55
se pierdan tus maternas oraciones.

Bendigo, sí, a mi vez, bendigo el oro

que así se presta a generoso empleo,
lo bendigo también si enjuga el lloro
o redimiendo al infeliz lo veo. 60

Mas, oh madre, ¿qué alcanzo con que vivas
si los aromas de tu amor no alcanzo?
¿qué te importan los dones que recibas
si en pos de tus caricias no me lanzo?

Adiós, oh madre, pues, ruégale al cielo 65
que luzca siempre su genial bonanza
y nunca el triste y nebuloso velo
nos encubra ¡ay! ¡el sol de la esperanza!

(Habana 24 Junio 1857.)

Málaga y Gibralfaro

Romance dedicado al Círculo científico, literario y artístico de
Málaga

Un tiempo Granada bella
En pebeteros de plata,
Los perfumes deliciosos
Del oriente respiraba;
Una cristiana cautiva 5
Tan hermosa como el alba,
Daba prez con sus hechizos
Al harem que la guardaba.
Granada, la gran señora,
Tuvo celos de sus gracias, 10
Y del mar a las orillas
Confinola ¡pobre esclava!
Y con razón, que era bella
Como el cielo de la Arabia,
Y rendíansela esclavos 15
Los que una vez la miraban.
Debió llamarse cadena
De los pechos y las almas;

Más sus padres caprichosos
La dieron por nombre... Málaga. 20
La Sultana granadina,
De su corte al desterrarla,
A un noble adalid morisco
La confió para su guarda.
Era el morisco gallardo, 25
De una tribu de gran fama.
Venturoso en los amores,
Vencedor en las batallas;
Y según las tradiciones
Que de aquel tiempo se narran, 30
El mancebo granadino
«Gibralfaro» se llamaba.
No os admiréis ¡oh lectores!
Si hoy Gibralfaro y Málaga,
Una ciudad y un castillo 35
Con tales nombres se llaman:
Que hay misterios en la historia
Que el hombre jamás alcanza,
Y hoy es piedra y aun es humo
Lo que antaño fue arrogancia, 40
El mancebo vencedor
En las justas y batallas
Fue vencido por los ojos
De la cautiva cristiana;
De amor suspiró infelice, 45
Dio sus quejas a las auras
Que impasibles, las llevaron
A do va todo: a la nada.
En vano llamola Hurí
Digna del cielo, de Arabia 50
Perla, y luna y sol luciente
Y gacela y tigre hireana;
En vano la dio continuos
Testimonios de constancia;
En vano a la libertad 55
Del desierto la invitaba;
En vano llamola flor
Por el profeta sembrada,
Oasis grato del desierto,
Mirra preciosa del alma; 60
Ella insensible a la voz
Del mancebo se mostraba,
Y al moro trataba siempre
Como a un moro una cristiana
Más llegaron otros tiempos 65
Que el mundo todo es mudanzas,
Y el guardián y la cautiva
Tornaron a suerte varia.

Para mal del rey Boabdil,
Sus amores dio Granada 70
A Tendilla, bravo conde
De la estirpe castellana,
Y el desdeñado Boabdil
Sin diadema y sin amada
Llevó su viudez y lloro 75
A las arenas del África-;
Bien que Granada la adúltera
Al hacerse castellana
Perdió su corona altiva
Y en vez de esposa fue dama. 80
Castigola así la suerte
Y diole por reina a Mantua;
Pasando entonces de reina
A ser solo una vasalla;
Pero volvamos al hecho, 85
Que al tratar cosas humanas
Nada tienen de extrañeza
Estos cambios y mudanzas.
El mancebo Gibralfaro
A fe renunció y a patria, 90
(Que el amor hace traidores
A los que postra en sus aras)
Y recibiendo el bautismo
Tuvo el amor de su Málaga.
Celebraron su himeneo 95
Las gentes de la comarca,
Dieron néctar sus viñedos
Y mil racimos sus parras
Y mil encantos sus flores
Y mil suspiros sus auras, 100
Y un morisco hecho cristiano,
Gran prodigio en ciencia gaya,
Al son del cairel dio al viento
La canción epitalámica.
Sin duda como memoria 105
Del convertido y la dama
Existen en aquel sitio
Un Gibralfaro y su Málaga
Esto ha dicho un sabidor,
Moro insigne a quien las llamas 110
Quemaron como tenaz,
Y yo ignoro si es patraña.

¡Oh! Málaga, en tus orillas
Discurrieron de mi infancia,
Algunas horas felices, 115
Pedazos ¡ay! de mi alma,

Consérvolas, ciudad bella,
Por que el árbol de la infancia
Solo una vez reverdece,
Tan solo una flor da al aura. 120

Al digno y sabio intendente Don Alejandro Ramírez

Triste la hermosa Borinquen gemía
arrastrando la mísera pobreza,
ella que el don de perenal riqueza
en sus campos feraces contenía.

El cielo que amoroso la quería 5
no pudo consentir en su terneza
que sufriese tan bárbara dureza,
la que el yugo del mal no merecía;

De Power escuchó la alta plegaria
(del patriótico amor grato suspiro) 10
y ordenó que a cambiar la era precaria

En rico bienestar, fuese Ramiro...
Ramiro bienhechor, tu noble historia
grabará Puerto-Rico en su memoria.

El ángel del amor

Dios hizo el mundo; con su voz divina
del caos lo sacó,
y admirando su obra peregrina
se dice que la amó.

Su grandioso querer cumplido estaba 5
magnífico, inmortal;
pero amante, colmar aun le faltaba
su afecto celestial.

Y ante el dulce mirar de su ternura
la esfera se extasió, 10
y el ángel de la luz y la hermosura
en luna se trocó.

Y el grato aroma de su noble aliento
 lanzó sobre el Abril,
y el ángel del perfume en el momento 15
 fue rosa del pensil.

Y emanando su labio regalado
 al ángel de la miel,
fue emblema de su néctar delicado
 la dulce abeja fiel. 20

Y formó de su voz la simpatía,
 un eco seductor,
y el ángel de la plácida armonía
 trocose en rruiseñor.

Empero deseaba el Dios potente 25
 formar un nuevo ser;
y un ángel de su Edén trajo clemente
 y fuiste tú, mujer.

Y te ornó con diadema de hermosura,
 te alzó como deidad; 30
dio a tus ojos mil perlas de ternura,
 de gozo y de piedad.

Y emblema, oh Celia, del amor divino
 te quiso el Hacedor
consagrar al benéfico destino 35
 del ángel del amor.

Al insigne poeta bucólico Bernardo de Balbuena

Enterrado en la Catedral de la ciudad de Puerto-Rico²

ROSANIO

¿Do yace aquel pastor, cara Belisa
que a los sones de agreste caramillo
cantó con tono que pasmó a la brisa
tu gracia y hermosura?

¿Aquel que celebró tierno y sencillo 5
la campesina paz, cuya dulzura
los bosques y los prados dejó
de blanda música poblados?

«Balbuena» se llamaba
y a una voz las zagalas y pastores 10
que con ardor amaba,
su sien ornaron de laurel y flores.

Respóndeme, Belisa; tú que fuiste
su amable confidenta
y afectos sin afrenta 15
te prodigó mi bien...

BELISA

¡Ah! ¡ya no existe!
su cuerpo duerme en la tranquila fosa
de católico templo,
a Borinquen sirviendo de alto ejemplo.
Su tumba silenciosa 20
con más gozo yo viera
que en los campos humilde se ofreciera.

Entonces a la amada losa fría,
al trasmontar el día,
diéramos olorosas 25
diademas de amarantos y de rosas.

Sus flautas zalameras
que alegraron los valles y riberas,
yacén colgadas de mamey frondoso,
y al céfiro quejoso, 30
los blandos ecos vagos
demandan aquel son que les dio halagos.

EL BARDO

Vuestra voz escuché, pastores míos,
mis lágrimas cual ríos
de mis ojos cayeron, 35
pero a la voz de la verdad cedieron.

Pastores, no más lloro
si solo lamentamos su presencia;
aún nos vive su esencia

aún suena el eco de sus flautas de oro. 40

Por montes y por llanos
recuerdan sus cantares
el viento en los bananos,
el viento en los palmares,
la tórtola ligera, 45
la voz de la calandria placentera.

En ti, Rosanio, nos dejó aquel fino
y delicado amor del campesino
en la edad que da envidia
desque a la paz siguió la eterna lidia; 50
y en tus ojos, Belisa, cariñosos
dos versos de los suyos
de amor tiernos arrullos,
dulcísimos y suaves y ardorosos.

Borinquen lo inspiró; de sus acentos 55
de sus nobles y gratos pensamientos
júzgase acreedora.

Si Balbuena querido,
en Castilla nacido,
su nombre en sus anales atesora; 60
su siglo aquel dorado
en la Riqueña paz vio realizado;
y al perder de la vida el dulce brillo
llena de gratitud su alma afectuosa,
a estas selvas dejó su caramillo 65
y a Borinquen su tumba generosa.

Romance

Las lágrimas del Loisa

I

En la ribera de Himanio
que hoy se llama de Loisa,
con Imperio soberano
gobernaba una Cacica.
Cual la palma era su talle, 5
cual la luna su sonrisa,

sus ojos de amores perlas
y sus palabras delicias.
Basta decir que a una voz
los indios que allí vivían, 10
la llamaban entusiastas
«La flor del Himanio viva».

Era pasado el ardor
de la cristiana conquista
y moraban castellanos 15
en las estancias vecinas.
Entre todos un mancebo
que apellidaban Mexía,
gallardo, bizarro y diestro
como el primero, en la liza, 20
incienso en aras de amor
quemaba en la noche y día
lanzando suspiros tiernos
por la hermosa Cacica.
Declarola sus afanes 25
y más hermosa que esquivada,
dio en galardón sus amores
al mancebo de Castilla.

II

Viviendo en amor unidos
dieron ayes a la brisa, 30
que gozosa al escucharlos
suspiraba con envidia.
¡Cuántas veces a la sombra
de alguna seiba contigua
esquivaron los ardores 35
de la Borincana orilla!
¡Cuántas veces la calandria,
y otras dulces avecillas
saludaron con sus trinos
sus placenteras caricias! 40
¡Cuántas veces las estrellas,
gratas chispas diamantinas,
fueron plácidos testigos
de su misteriosa dicha!
Empero el amante, digno 45
de su creencia divina,
alcanzó que ella pidiese
el agua que cristianiza.
No narraré minucioso
la ceremonia de pila, 50

solo diré que hubo fiestas
de mezcla asaz peregrina,
pues la justa castellana
mezclose al aréito³ indígena
y jugaron al batey⁴ 55
entr ambas gentes unidas.
Fue Ponce, el gobernador
por las leyes de Castilla,
patrono del maridaje
de la indiana con Mexía. 60
Tomó por nombre la indiana,
con la sal y agua benditas,
el de Luisa, más cual noble
de prosapia distinguida
entre los indios, tomó 65
según la ley que regía,
el don que honraba a hijosdalgo
y llamose Doña Luisa.
Fue ciertamente el placer
el que reinó en las campiñas 70
cuando ante el ara se unieron
el Cristiano y la Cacica:
Él demostraba arrogancia,
ella inspiraba caricias,
y entrambos felices eran 75
cuanto es posible en la vida.

III

Más como el fiero dolor
se vela tras de la dicha,
muy presto clavó sus garras
en la pareja festiva. 80
Llegó la noche traidora
que entre las sombras impías
lazos oculta y puñales
y acciones que son inicuas.
Estaban los dos consortes 85
de gozo el alma cautiva,
sin curarse de los duelos
que a los mortales no olvidan;
cuando las voces de alarma
resonando repentinas, 90
anunciaron que el Caribe
los contornos invadía.
Desprendiose el castellano
de los brazos de la india

y siendo espadón y adarga 95
fuese a la turba homicida.
Combatió como león,
más ¿quién de morir se libra
si despiden las aljabas
turba de flechas mortíferas? 100
Con el furor en el pecho
a manos de la perfidia
cayó como al rudo golpe
del hacha la fuerte encina;
y arrastrado moribundo 105
a las aguas cristalinas
del río undoso que allí cerca
espacioso se tendía;
fue el amante sin ventura
(que en vano venció en la liza) 110
llevado en fúnebre marcha
a la mar, tumba infinita.

IV

La desposada llorosa
sentada en peña vecina,
las aguas, ¡ay! de sus ojos 115
mezcló con las claras linfas.
Vistiose paños de luto
y mirando en triste guisa
la corriente, de allí a luego
fuese al mar con su Mexía. 120
Desde entonces a aquel río
donde vertió la Cacica
tantas lágrimas de amor
llamaron todos «El Luisa».

A una señorita

(En su álbum)

I

El sol de la ventura
no ha dado aún a mis ojos
tu imagen; mis antojos
perciben tu hermosura,
perciben en la altura 5
de un ángel el destello,
de un hada el rostro bello...
para llamar feliz mi triste suerte,
ángel, hada o mujer, anhelo verte.

II

Amor me inspira el ave 10
del aire mensajera,
que lleva al alta esfera
como celeste nave
de amor el canto suave;
también amor me inspira 15
la flor que aroma espira,
y tal dicha en mi ser tu nombre vierte,
que flor, ave o mujer, muero por verte.

III

No sé si eres lucero
que anuncia alegre día, 20
o en tempestad umbría
ofrece un derrotero
al triste marinero;
empero ángel o hada,
o ave o flor preciada, 25
o mágico lucero;
para amar más la vida que la muerte,
es mi anhelo, señora, conocerte.

Los ojos de...

¿Me preguntas, pintor, que como quiero
que pintes el mirar y la hermosura
de aquellos ojos do el Edén fulgura,
de aquellos ojos por que vivo y muero?

Copia el fulgor de matinal lucero, 5
de gacela apacible la dulzura,
de la tórtola amante la ternura,
el brillo del diamante lisonjero.

Los habrás de pintar grandes y vivos
donde luzca la antorcha bendecida 10
del noble meditar, muy expresivos,

Con dulce vaguedad indefinida;
¿quieres darles aun más atractivos
de apasionado amor? dales la vida.

A una dama

(En su álbum)

Con gozo mi pluma escribe
en tu libro de memorias
estos versos, que aunque humildes,
sinceros del alma brotan.
Mujer bendita del cielo 5
del cielo bendita esposa,
mujer que diste por hijas
en vez de mujeres, rosas.

Tú has debido ser tan bella
como la espléndida aurora, 10
mecerse debió tu cuna
entre perfumes y aromas,
ser debió tu primavera,
como ninguna, señora,
puesto que has dado por hijas 15
en vez de mujeres, rosas.

Las flores en tu himeneo
darte debieron coronas,
hicieron tu epitalamio

las dulces aves cantoras, 20
porque solo así pudieras
(tú la más bella entre todas)
dar a natura por hijas
en vez de mujeres, rosas.

Que premie el cielo tu unión 25
con el esposo que adoras,
que te celebren los genios
cual bella madre de hermosas,
y natura agradecida
al ver que tú, bienhechora 30
con un ramo de primores
has ornado su corona,
proclame que das por hijas
en vez de mujeres, rosas.

Glosa

Razón que imperas en mí
¿porqué habré de mentir yo,
diciendo impasible no,
cuando el alma dice sí?

Al mirar tus bellos ojos 5
siento nacer la alegría,
porque truecan, vida mía,
en encanto, los enojos.

Al mirar tus labios rojos
donde el amor se atesora 10
mi pecho esclavo te adora,
y huyendo del frenesí
tengo que exclamar, señora,
«razón que imperas en mí».

Si observas en mi semblante 15
el delirio que me inspiras,
si con deleite me miras
y en mi seno palpitante

percibes el dulce instante
que ocasionas a mi alma, 20
¡qué vale que finja calma!
si el fuego que me abrasó
obtiene triunfante palma,
¿porqué habré de mentir yo?

¡Oh! no esperes que negarlo 25
pueda el pecho enardecido,
no puede estar escondido
tan dulce afecto; callarlo
es penar y acrecentarlo:
que en vano ¡ay Dios! mentiría 30
si al preguntarme algún día
si mi pecho te adoró,
yo respondiese, alma mía,
diciendo imposible, NO.

Tanto valiera negar 35
que eres bella y atractiva,
que el alba se muestra esquiva
si ve tus ojos brillar;
tanto valiera expresar
que el que llegó a contemplarte, 40
logró vivir y olvidarte,
alcance vivir sin ti,
si yo dijera NO amarte
cuando el alma dice SÍ.

Sus ojos

Hay unos ojos divinos
fuente de dicha y dolores,
el cielo les dio colores
y el Señor su bendición.

Dioles la luna su encanto, 5
la palabra su armonía,
el amor su simpatía,
su elocuencia el corazón.

Aunque tiranos me miren
si los vela ingrato el sueño, 10
suspiro porque risueño
llegue el dulce despertar.

Si miran airados matan,
si suplican, enajenan
y si mandan, encadenan: 15
que es la gloria su mirar.

Brillan alegres, y es día
la noche: y ¡qué días bellos
son tales ojos si en ellos
miro el cariño lucir! 20

Miran tristes, y suspiro
en hondo y amargo duelo;
más si lloran... ¡santo cielo!
si lloran... quiero morir.

Soy el ave, tú la rosa: 25
diz que la rosa constante
del ruiseñor es amante...
yo seré tu ruiseñor.

Soy el verso, tú la musa:
Sin ti el verso no es poesía, 30
sin ti el son no es melodía,
ni da encanto al corazón.

Tú la miel y yo la cera
que te guarda; aquí en mi seno
de la existencia el veneno 35
truecas en miel y en pasión.

En el árido desierto
tú la brisa, yo la palma,
llega, oh brisa de mi alma,
con tu arrullo bienhechor. 40

Soy yo la tierra, tú el cielo,

bríllame siempre serena,
sé mi luna de amor llena,
sé mi cielo, yo tu amor.

La plegaria de una virgen

Elena

Solitaria y temerosa
pobre nave desvalida,
vago en el mar de la vida
en combate desigual.

¿Porqué, oh cielo, me robaste 5
el dulce materno amparo?
¿Qué seré sin su amor caro
ante el recio vendaval?

Huérfana triste del mundo
en el piélago desierto, 10
¿quién en bonanza hacia el puerto
generoso me guiará?

¿Qué piloto entre las rocas
que oculta la mar traidora,
de su sana malhechora, 15
ay de mí, me salvará?

Si tú, cielo bondadoso,
me niegas la luz del día,
y ocultas en noche umbría
la estrella de salvación; 20
del desastroso naufragio
¿podré libertarme, ay triste,
cuando el escollo que existe
es mi propio corazón?

Oh destino, sé piadoso 25
con la pobre abandonada
que sin apoyo, confiada
se entrega a merced de ti.

De la tormenta bravía,
del escollo misterioso, 30
líbrame, cielo amoroso,
líbrame, cielo, de mí.

Guamaní

A mi buen amigo Andrés S.

(Trova puerto-riqueña)

¡Conoces la alta cumbre
que allá en el suelo
de mi Borinquen bella
saluda al cielo;
verde montaña, 5
que corona altanera
campos de caña.

En su cima se elevan
las palmas reales,
y en sus faldas se mecen 10
los cafetales,
cuyos jazmines
bosque y prados convierten
en cien jardines.

El sol allí se asienta, 15
también la aurora
así conto la luna
del sol señora;
y musas bellas
de aquel frondoso Pindo 20
son las estrellas.

Llamola el indio cima

de Guamaní,
y diz que allí su gloria
mostró el Cemí 25
y sus fulgores
la comarca trocaron
en fruto y flores.

A tan grata eminencia,
del porvenir 30
un blando ensueño unido
va a mí existir;
que mi ventura
se cifra de los campos
en la hermosura. 35

Como templo de dicha
en la montaña,
alzaré yo algún día
dulce cabaña;
y a ser testigo 40
de mi gloria te llamo
mi grato amigo.

Oh, tú que fiel comprendes
con tu alma pura
que en el ruido del mundo 45
¡ah! no hay ventura;
tú que desdeñas
vanidad cortesana
y cual yo sueñas.

Allí la fértil zona, 50
del corvo arado
esposa virginal,
dará colmado
es en vario fruto
de abundante primicia 55
rico tributo.

Y el dulcísimo néctar
darán mis cañas
al brazo del labriego
jamás hurañas; 60
tacho y molino
harán dorado grano

y aun argentino.

Al paso que esparcidas
las mugidoras, 65
sus lácteas fuentes sanas
y bienhechoras;
el espumante
coco rebosarán
vivificante. 70

¡Y ves como se acrecen
a la ventura,
y su prole amamantan
en la llanura,
la aún no tocada, 75
con el belfo buscando,
gramínea ansiada.

¡Salud tendremos
salud bendita!
riqueza es de la gente 80
que el campo habita,
y que sin queja
despierta con el alba
y el lecho deja.

A las plantas y arbustos 85
nuestros sudores
prodigaremos y ellos
nos darán flores;
nuestra ternura
pagarán con su fruto, 90
con su aura pura.

Y cuando el alba asome
por su ventana,
bendeciremos juntos
a la mañana; 95
la fresca rosa
cogeré, apenas abra,
para mi hermosa.

Mira el alba, se ostenta
grata y festiva 100

con su manto fulgente
de lumbre viva;
Marzo en el prado
la saluda galante
y enamorado. 105

A sus pies tiende bello
manto precioso,
en matutinas perlas
rico, abundoso;
con verde y flores 110
la forma una guirnalda
de luz y amores.

Rico dosel la ofrecen
las nacarinas
nubes, también las flores 115
más peregrinas
olor ameno
la dan dejando el prado
de aroma lleno.

Entonce atronador 120
o manso el río
prodígala su estruendo
su murmurío;
entonce el viento,
jugando entre bambúes, 125
la da contento.

Zorzales y pitirres
y zumbadores
de las alegres selvas
dulces cantores, 130
la hacen halagos
practicando en las ramas
su giros vagos.

Y parece que dicen
en su alegría: 135
Despertad, oh natura,
que viene el día;
y al grato hosana
se muestra ufano el rostro
de la mañana. 140

Andrés, mi buen amigo,
¿qué habrá más bello
si de amor este cuadro
orna un destello?
¡ah! ¿si mi Eva 145
colmado aquestos goces
a Edén renueva?

La de dulce mirada
tierna sonrisa,
que en virginal cariño 150
mi vida hechiza,
vendrá y las flores
esparcirán más vivos
gratos olores.

Ella, sí, de mi frente 155
tristes memorias
borrará con su imagen,
y serán glorias
las que a su lado
pasaré; de los hombres 160
siempre olvidado.

Ven y sígueme pues
cuando a tu puerta
te llame; la morada
no es ya desierta 165
cuando da abrigo
a un libro y a una hermosa
y a... un dulce amigo.

(Habana, 26 Octubre 1861.)

Al niño Alfredo de H. y R.

Cabe el materno tálamo
se mece blanda cuna,
los dos amantes cónyuges
invocan la fortuna

con celestial cariño 5
para el dormido niño:
él sueña con los ángeles
que acaba de dejar.

Del niño el blando éxtasis
se ve en el rostro tierno 10
un voto amante, cándido
se pinta en el materno;
del padre en el sombrío
un pensamiento pío...
¡Que quiera Dios benéfico 15
sus votos escuchar!

De aquella el voto místico
gratisísimo se encierra
en dar cual numen célico
un ángel a la tierra; 20
del padre el pensamiento
agítase violento:
que un hombre al mundo mísero
ha dado con su amor.

Al valle de las lágrimas 25
sé, Alfredo, bienvenido,
que sin espinas hórridas,
como en jardín florido
la vida te sonría,
y el sol de la alegría 30
te luzca siempre diáfano
sin nubes de dolor.

No quiero que maléfico
te inspire del poeta
el genio triste, indómito 35
que anubla su alma inquieta;
el numen que su lira
con fuego sacro inspira
con duelos amarguísimos
le enluta el corazón. 40

No quiero que, aunque espléndida
la lumbre de la gloria
te arrastre a senda ríspida
tras póstuma memoria;

tan fúlgida diadema 45
la sien ardiente quema,
y es sed horrible, hidrópica,
la sed de la ambición.

Que no te incite el mágico
lucir de la riqueza; 50
pues la codicia sórdida
del alma la belleza
deslustra y oscurece,
y en ella no florece
el árbol que da vívido 55
la dulce caridad.

De aquella el cielo líbrele,
letal sabiduría,
que al genio da sacrílego
altar de idolatría; 60
no mira en el humano
un corazón de hermano
y rinde culto al ídolo
de ufana vanidad.

Y si la senda plácida 65
de tu preciosa vida
de los abrojos ásperos
se viese entorpecida;
como el acero, en dura
se trueque tu alma pura 70
y pueda firme, intrépida,
la lucha provocar.

No brilles como un Sócrates
ni un Redentor Mesías
si el tiempo de los mártires 75
no es dado ya a tus días;
espléndido, divino
de aquellos fue el destino;
mas triste es en un Gólgota
morir... y no salvar. 80

Que digna sea y magnánima
tu ciencia, dulce niño;
que brille, sin crepúsculos
tu corazón de armiño;

no seque el pensamiento 85
la flor del sentimiento
y triste el hombre inspírete
cariño y compasión.

Y cuando el tiempo alígero
tras existencia pura 90
te lleve al yerto ámbito
de la región oscura,
familia, patria y hombre
den lauros a tu nombre
y clamen los arcángeles: 95
¡Alfredo, bendición!

(Habana, Noviembre 1862.)

A monte Edén

¿Porqué al trepar la colina
que de ti fiera me aparta,
¡oh grata mansión! mis ojos
se llenan de tristes lágrimas?
¿Será que, ay de mí, no vuelva 5
hacia ti, mansión amada?
Quién lo sabe, que la muerte
do quier al hombre acompaña,
y acaso de este adiós tierno
un adiós eterno haga; 10
o tal vez quieran los cielos,
dulce mansión de mi infancia,
que allá cuando fiero el tiempo
mi cabeza vuelva cana,
venga a buscar en tu seno 15
una tumba solitaria.
Entonces tú, hogar querido,
con tus seibas y tus palmas
darás apacible sombra
a mi fúnebre morada-. 20
O quizás la dura mano
de la mísera desgracia
te haga pasar de los míos
a las manos ¡ay! extrañas,
y al volver yo peregrino 25
de mi fatigosa marcha,

no encuentre en ti los semblantes
que en otra edad me halagaban;
quizá el huracán impío
o el tiempo que ruinas ama, 30
te trueque en dolientes ruinas,
sin piedad para mi alma.
¡Ah! que entonces quiera el cielo
ya que a tu seno me traiga,
que tu nuevo poseedor 35
o del huracán la saña,
respeten del desterrado
los recuerdos de la infancia.

(Puerto-Rico, 1849.)

A una «dama de noche»

¡Oh! ¿dime qué pesar tu seno encubre,
qué triste desencanto
en esa tu faz bella,
dejó de un amarguísimo quebranto
la dolorosa huella? 5
¿Porqué te hastías
en medio de la fiesta rumorosa,
en que brindan risueñas alegrías
tanto airoso galán y tanta hermosa?
¿De un placentero amor lloras acaso 10
la pérdida doliente,
que fiero se llevó tu fe o ferviente
buscando vas tal vez, astro en ocaso,
el ángel de tus últimos amores?
¿Dónde el ingrato mora 15
que engendra así dolores
en el pecho del bien que ya le adora?
Inútil fue, por Dios, tu lozanía
(talismán ganador de corazones)
que emprende ya su vuelo 20
y a la burlona marchitez sombría
te lleva sin consuelo.
Horrible es tu ansiedad: los aquilones
de cada helado invierno
te muestran que tu hechizo no fue eterno, 25
y cada primavera
que brinda nuevas flores
a la tierna beldad, no lisonjera
contigo, te las da, pero marchitas;

cada terrible estío 30
te trae una nueva arruga
y con ella un pesar y nuevo hastío.
Tus artes multiplicas,
torturas tu tocado
porque encubra la huella que ominosa 35
te trae con cada sol el tiempo alado;
que ya como la luna
luces solo en la noche mentirosa,
¡la luna! que durante el claro día
nada, incolora, alumbra, 40
mostrando solo en palidez sombría
de su manchado disco la penumbra.
Ay de ti, desdichada,
pues temes que en tal guisa
de tu alma el gemelo 45
no reconozca en tu corola ajada
la flor hermosa que soñó su anhelo-.
¿Porqué, triste hermosura,
si buscas a tu alma desterrada
el ángel de su amor, porqué cuitada 50
te arrastras a la fiesta esplendorosa
do amor es mariposa?
¿Porqué sigues del mundo el vano ruido
con esa faz llorosa
y el ánimo de penas abatido? 55
¿Porqué en la dulce soledad modesta
no aguardas al rendido
amador? Para él molesta
cual para ti, quizás es la encantada
apariencia del frívolo contento 60
y ama, cual tú, gozoso apartamiento...
Empero ya comprendo,
flor de otoño angustiada,
que no te suenan mal ni vano estruendo,
ni férvidos placeres, 65
ni fiesta alborozada;
ni las mágicas perlas
que adornan la beldad de otras mujeres
fastidio te ocasionan.
¿Suspiras por tenerlas? 70
¿También cual ellas quieres
que se cure en su brillo tu quebranto?
¿Son ellas de tu llanto
la causa dolorosa
y no la soledad yerta, afanosa 75
de un casto corazón? ¡Ah, sí, deliras
por esas mismas perlas, no suspiras
por las que brinda amor puro y rendido!
¡Ya! el amor no las da, las da... un marido.

(Madrid, 1852.)

Una limosna

Ante la puerta dorada
de Doña Inés, gran señora
que pasa risueña vida
entre primores y joyas,
un andrajoso mendigo 5
con faz de hambriento llorosa,
llamó pidiendo por Dios
una mísera limosna.

Asomose a los balcones
que sus paredes decoran 10
la doña Inés y al cuitado
iba a ahuyentar desdeñosa,
cuando vio que ojos testigos
de su soberbia, la acosan.

Lanzó con desdén al pobre 15
áurea pieza que sonora,
llevó al labio del mendigo
un ¡ah! de sorpresa loca
y sensible a gratitud
alzando la faz absorta, 20
vio de la bella el desdén
pintado en ojos y boca.

De los ojos del mendigo
de llanto cayó una gota,
como el acíbar amarga, 25
como el pesar dolorosa-.

Siguió triste su camino
hasta que vio que en carroza
espléndida, y de lacayos
y pajes en la custodia, 30
sobre cojines preciosos
acercábase Eleonora-.

Con buen corazón el cielo,
cual la más brillante joya,
a la bella había dotado, 35
haciéndola aun más valiosa.

Al ver, por tanto, al mendigo,
con piedad y con zozobra
a un galano pajecillo
que de servirla blasona, 40
mandó que lo diese al punto

caritativa limosna.
Y aquel, veloz y obediente,
de una riquísima bolsa
sacó argentina moneda 45
y al mendicante arrojola-
La beldad, aunque su pecho
la humana desdicha toca,
tornó la mirada esquiva
de la miseria asquerosa-. 50
Por lo visto, este presente
la pena angustiada y sorda
del mendigo no calmó,
pues su lloro no se acorta-
Mas por su bien te halló luego 55
dulce Elvira dadivosa:
con el ánimo afligido
pero a Dios alzando loa,
por el momento felice
de hacer bien que te ocasiona-. 60
Intentas darle benéfica
el socorro que te implora;
mas, ay de ti, que has perdido
la caritativa bolsa,
y solo queda en tus manos 65
de cobre una pieza sola.
Dasla con gozo al mendigo,
con ese rostro de aurora,
con esos ojos piadosos,
que humedece la congoja, 70
con esa dulce sonrisa
que trueca la tierra en gloria-
De tu alma conmovida
palabras consoladoras
brotaron que del mendigo 75
las penas curaron todas.
Entonces... de sus pupilas
cayó una lágrima sola
de esas lágrimas de miel
que el cielo amoroso forja. 80
Anoche soñé que un ángel
os volvía las limosnas
que disteis a aquel mendigo,
pues Dios devuelve con sobras,
y es prestarle dar al pobre 85
y consolar al que llora-
De Doña Inés la ganancia
en florada ebúrnea concha,
y con primor, se encerraba;
yacía la de Eleonora 90
en concha de ébano y nácar,

y la tuya, amiga hermosa,
en caja sobrado humilde
de cobre sencilla y tosca.
Abrió Doña Inés la suya 95
con faz altanera y torva,
y halló ser su donativo
lodo que al asco provoca;
una cristalina perla
halló la bella Eleonora, 100
en tanto que tú, divina
como el alma que atesoras,
hallaste en diamante hermoso
convertida tu limosna.
¡Ah! manantial de diamantes 105
es tu alma generosa.
El amor que tu alma dé
debe tener el aroma
que a tus dones presta el cielo:
el corazón que te adora, 110
¡ay! de tu amor es mendigo:
por Dios, bella, una limosna.

Ángel tú... ya no

Un ángel al Pindo bajó cierto día,
por él una musa de amor suspiró;
naciste, oh hermosa, de aquella armonía.
Su frente inspirada, su voz de ambrosía,
la Musa te dio. 5

Te dio como madre, su forma hechicera,
su paso de ninfa, su queja de amor,
sus ojos de luna y gentil cabellera;
en tanto que el ángel, de célica esfera
te dio el resplandor. 10

Sonó en el Olimpo cantar de alegría,
entonces doliente el cielo gimió;
aquel una virgen gozoso adquiriría,
un ángel el cielo querido perdía
y el mundo aplaudió. 15

Y tú ante el aplauso, incauta ¡ay! olvidas
que Dios para el cielo el ángel formó.
Yo lloro ilusiones, cuán triste, perdidas
al ver ya tus alas al mundo vendidas...
¿ángel tú?... ya no. 20

El último borincano

«De la anhelada victoria
»perdida ya la esperanza,
»podrá tan solo la muerte
»aliviar nuestra desgracia.
»Al fuego de los cristianos 5
»es la resistencia vana,
»y todo cede ante el filo
»de sus cortantes espadas.
»A sus golpes formidables
»tal vez sucumbido haya 10
»el más valiente cacique
»de la tierra de Agueinaba;
»sin su aliento poderoso
»y sin su brazo, ¡oh desgracia!
»¿qué intentaremos nosotros 15
»en situación tan amarga?
»Los cristianos nunca mueren,
»Borinquen su imperio guarda,
»¡ah! nuestra vida ocultemos
»en las ásperas montañas». 20
Así las indianas huestes
en su dolor exclamaban,
al ver en Yagüeca un día
destruida su arrogancia.
Unidos luego al caudillo 25
que fue un tiempo su esperanza,
el intrépido Humacao
que dio nombre a su comarca,
llevaron su duelo triste
a la sierra que elevada 30
saluda al sol cuando nace
y al Mar del Caribe, guarda.
Allí en aquella eminencia
el cacique, la pujanza
del bravo campeón cristiano 35
resistiera época larga,
ora asaltando llanuras

o haciendo de sus gargantas
un terrífico baluarte,
testigo de cien hazañas. 40
Allí sucumbió postrero
de las huestes borincanas-.
Y cuéntase que su sombra
en aquellas cumbres ásperas
do tiempo en tiempo se ofrece 45
a las vecinas miradas.

Yo imagino que su espíritu
fue bañado en la luz santa,
con que el cielo en su piedad
ilumina allá las almas: 50
que al sucumbir por su ley,
a ella fiel aunque pagana,
la eterna misericordia
tuvo en cuenta su ignorancia.
Y desde entonces errante 55
al ver en su tierraalzada
la digna cruz redentora,
se postra y tierna plegaria
eleva desde la altura
que fue su glorioso alcázar, 60
porque su tierra querida
deba a la cruz bienandanza-.
Tales son los ecos tristes
que allá en noche solitaria,
se escuchan en las alturas 65
de la ríspida montaña.
Tal la sombra vagabunda
que se divisa postrada,
en el Yunque gigantesco
cuando la luna lo baña-. 70
Al ver la cristiana grey,
del cacique la arrogancia,
la incansable intrepidez
con que lidió por su patria
y que loco era su empeño; 75
dio por nombre a la comarca
el de Sierra del Loquillo
y hora Luquillo se llama.

A mi Eva

I

Tu ser

Cuando el Dios del Edén imaginó y formó la primera mujer, encarnó en ella el grato ideal de la belleza, pero la mujer perdió su paraíso y no fue ya digna de su autor-.

Herido estaba de tristeza el corazón supremo al ver malograda su obra; para su consuelo, hizo nacer cual nueva luz otra Eva y en ella se miraron sus ojos. -Y sintiendo el amor de su obra y temeroso de perderla, la destinó a vivir entre los ángeles y la amaron estos con amor del cielo-. En mi Sion de dolores vagaba yo silencioso y solitario; las copas de los árboles habían perdido sus verdes hojas, los céfiros suspiraban y la noche me vestía con sus tristes sombras. -Mis pensamientos eran otras tantas quejas de soledad, mi alma estaba sola y Dios me había abandonado.- Mis ojos se inclinaban a la tierra con dolor o se alzaban a los cielos con piedad; la bóveda insondable me parecía una eternidad sin esperanza, las estrellas silenciosas me compadecían.

¡Inmortalidad! decía para mí. ¿Nada respondes a mi voz? ¿Porqué no vienes a mostrarme la luz de tu diadema? El amor de la tierra es incompleto y yo siento el ansia de un amor infinito. -¡Ah! ¡si el cielo me enviase en la voz de un ángel una esperanza, si la belleza del cielo tomase forma para sonreír a mis ojos terrenales!

Y he aquí que se abrieron las puertas de los cielos y en tálamo de nubes se presentó a mis ojos una mujer celestial.- Su mirada era radiante como el día más feliz de la vida; sus labios parecían revelar el dulce misterio de la gloria; su sonrisa era un bálsamo para curar la desventura. -¡Sus formas aéreas como el pensamiento, como un suspiro perdido en las regiones de la esperanza!

Y ella derramaba luz y hálito de amores y era la mirra de los pebeteros celestiales; traía para mi ser, la revelación de un éxtasis eterno.

Y bajó la mujer celeste y hablome con voz indefinible. -Y yo al oírla sentí el paraíso dentro de mi corazón.

Y así me dijo:

En verdad, en verdad te digo que soy la Eva del cielo y compadezco a los que como tú están solos y tienen triste su corazón-.

Mírame y ama-.

Díjome y la vi partir-.

Y desde entonces la veo entre las sombras de un sueño deleitoso y la veo por donde quiera que vuelvo los ojos.

Y suspiro y a todas horas la dirijo mi voz y la digo. -Eva mía mi dulce Eva ¿quién como tú, mi deliciosa Eva? Mírame y ama, me dijiste: te vi y he amado.

Y desde entonces tengo un cielo en mi alma, y suspiro doliente cuando no te escucho.

Y el cielo que tengo en el alma es digno de ti como obra tuya.

Ven hacia mí, Eva. -Mi corazón tiene para ti luz y flores y armonía, y un suspiro y una lágrima para ti.

Eva mía, Eva mía, y por todos partes y a todas horas y hasta mi última hora, te diré: Eva del cielo, mi dulce y deliciosa Eva, te vi y he amado, te vi y he amado.

II

Tu nombre

La palabra ¿es emanación de Dios?

Hay un nombre que da miel a mis labios, música a mi oído, gloria a mi corazón. -Las aves lo cantan, la noche lo dice en el silencio: me da hermosos sueños; la mañana lo emite para despertarme. -Lo pronuncio con cariño y esperanza; temo que el aire lo revele a los demás; temo y quiero oírlo; temo y quiero pronunciarlo: es en mis labios una plegaria. -¡Oh! sí, cuando oigo tu nombre, Eva mía, cuando lo pronuncio y sobre todo, cuando lo invoco... bendigo a Dios, le proclamo divino autor de la palabra.

III

Tu sonrisa

El pensamiento es la conciencia de la vida, el sentimiento es la vida: amad y habréis vivido.

La copa del placer contiene amargura; el mundo es engañosa realidad; el recordar es triste, el bien inestable, lo porvenir incierto; pero cuando me sonríes, todo lo olvido.

IV

Mis días

Hay días serenos, hermosos en que el aire arrebatara mi voz y mis suspiros, en que toda la naturaleza es himno silencioso y gratísimo: mis oídos no lo perciben pero sí el corazón. -El alma quiere entonces romper sus ligaduras; busca un infinito de felicidad. -Mi mente sueña y mi sangre corre dulcemente. -Entre el corazón y los ojos se desliza un blando río de lágrimas. -Las dulces y generosas ideas vienen a mis labios en versos deliciosos. -Esos días... son aquellos en que te veo y das luz a mi tormentosa oscuridad.

V

Un triste paraíso

Esquivas ¡ay! tus ojos y tu sonrisa, quizás también tu corazón.
Una lágrima que escondes, un suspiro que tratas de sofocar.
Hasme robado tu fe, mi fe, el tesoro de mi existencia.
Al desviarte de mí, has cometido un doble crimen: te has suicidado y me has muerto.
Solitarios y tristes hemos quedado: dos aves que se abandonan en el desierto, que vagan sin encontrarse. ¡Ah! desterrado de mi propia alma: la pobre luna ¿dará luz sin ese sol que tan solo brilló un día?
Éramos el uno para el otro única palma que nos daba sombra, única gota de agua para nuestra sed, única mano que enjugaba nuestras frentes.
Acaso nuestras miradas y sonrisas son prodigadas a otros seres que no amamos.
Si es preciso para merecerlas serte indiferente y debo pagar con tu desvío la simpatía de tu alma, el paraíso que me diste con tu amor... Envidio a los indiferentes que disfrutan lo que solo debiera ser mío. Prefiero a un paraíso que has enlutado para mí, el infierno de una menos dolorosa indiferencia.

IV

Océano sin límites

Tú podrás ver en mi semblante los síntomas del contento: vana apariencia. Tú habrás visto en medio de la tempestad la luz de algunas estrellas, pero ¡ah! cuán distante el cielo de aquellos días apacibles que tanto deleitan.

Ninguna otra podría arrancarme estas lágrimas que vierto al contemplarte en poder de otro, ninguna, lo juro por esta maldición de dolor eterno que me abruma, podría ocasionarme el pesar que experimento al verte perdida para mí.

Si esta agonía no ha de tener fin, si un hado funesto ha escrito entre nosotros las palabras para siempre; caiga sobre mí de una vez la mano del destino y termine una vida que el dolor está haciendo eterna.

VII

Flores y espinas

Corazones separados en la tierra. ¡Oh! ¡cielo necesario!

¿Y hemos de vagar extraños tú y yo, alma de mi alma, ser de mi ser, como hermanos que se desconocen, acaso como enemigos por la misma causa que debiera unirnos?

El interés mundano tan leve ante la eternidad, tan insuperable entre los hombres.

Miserable mundo, átomo para el espacio, ¿porqué eres todo un mundo para separarnos?

En este apartamiento que no hemos causado, hay otros que nos sacrifican.

-Su corazón se apiadaría si probasen la copa de amargura que nos hacen apurar.

¡Y ellos se creen lícitamente felices!

¡Ah! gigantes de ventura para nosotros pobres gusanos hollados por su planta.

En esta peregrinación sin límites en que llevamos ensangrentado el corazón, existen a más de las espinas y de las lágrimas, algunos halagos y algunas flores.

Sean para mí las lágrimas, para ti los halagos; para mí las espinas, para ti las flores.

VIII

Mi castigo

¡Ríe y canta!
Eres solo una sombra.
El cadáver de una mujer que amó y fue... y aún es amada.
Mi alma te dio el espíritu, te creó -pero el espíritu huyó y has muerto.
Eres pues un cadáver que solo aguarda el reposo de la tumba para deshacerse en polvo.
Tus padres lo fueron solo de tu forma bella, forma innecesaria a un alma que tenía su seno en la mía.
Yo cincelé en ti una hermosa estatua y la rompiste: anatema contra mi creación, anatema contra tu obra. ¿Qué hiciste del paraíso que te formé!
-Falsa Eva lo perdiste; me has condenado a las penas y a la muerte.
Hoy existes solo en fantasma para atormentarme.
Remordimiento de amor, de ilusión perdida.
Yo fui el Prometheo que animó tu barro con el fuego del Olimpo.
Me encadenaste a la roca de tu ser y eres el buitre que devora mis entrañas.
Has hecho de mi alma una maldición.
Quise crear un arcángel y solo pude hacer un Satanás que me condena y atormenta.
El cielo ha castigado mi soberbia.

La palma de Jesús del Monte
En el álbum de la Sra. Doña M. S. de A.

Cerca de la populosa capital de Cuba y como si la naturaleza hubiese querido dar en cara con su apacible tranquilidad al bullicio y agitación de las ciudades, existe un agradable campo hacia el cual se va extendiendo el caserío de Jesús del Monte. En la cumbre que domina el caserío se posa una iglesita tanto más digna y majestuosa, cuanto más humilde y sencilla en su apariencia. La soledad deja escuchar mejor las preces que se elevan en sus bóvedas, y el incienso de sus aras encuentra

mejor en aquella solitaria y calmosa altura, el camino de las nubes y de los cielos. Desde su atrio que está en la cima del cerro de que hablo, se divisa la ruidosa Habana con su bosque de mástiles y sus castillos imponentes; pero más cerca de la Iglesia, cuasi en la falda del montecillo, una pradera fértil y de eterna lozanía se presenta a la vista con aquel encanto que habla al alma pensativa y melancólica. -Allí en el sosiego de las tardes de verano, cuando el sol trasmonta llevándose sus ardores, héme detenido a meditar dulcemente, entregando mi espíritu al blando reposo que buscan los corazones expatriados y solo aun en mitad del tumulto. Allí he pensado en mi país tan cercano... ¡y tan distante! Allí los gratos recuerdos de un hogar y de unos amigos inolvidables han venido a deslizarse en mi memoria como el aura de la noche, es decir: suave, agradable y misteriosamente. -Cuántas veces he derramado allí una lágrima de ternura, una de aquellas lágrimas que se tributan a la memoria del bien que ya no existe: gota de rocío que dejó olvidada en la flor del corazón, la aurora de un día feliz ya disipado... ¡Allí hay una palma que me dice tantas cosas! porque los árboles hablan y pobre de aquel que no ha comprendido nunca las dulces y confidenciales palabras que se encierran en ese que nos parece murmullo de la brisa entre sus hojas. Aquella palma me ha contado su historia; está sola como yo, miraba al cielo como yo lo hacía y como yo cansada de resistir al viento de las tempestades y las desdichas ha concluido por abandonar su ramaje, indiferente, a los empujes del viento veleidoso. -Aquella palma está allí sola y triste, es verdad; sus compañeras residen acampadas lejos de ella. ¡Ah! pero desde que ella conversó conmigo, desde que oyó mis cuitas y la voz de mis tristezas, dejó de contemplarse tan desgraciada y comprendió que aún tenía de quien compadecerse. Ella vive en el suelo en que nació, y el sol que la dora, las aguas que la dan frescura y los céfiros que la mecen, son el sol, las aguas y los céfiros de su país.
Habana 16 de Agosto de 1857.

A la señorita Matilde R.

¡Quince años! dorada puerta
de una vida que se ignora,
en que un ser que el cielo llora
entre lirios se despierta.

Jacinto de Salas y Quiroga

LA NIÑA.- Vengo de un mundo bellissimo; mi viaje ha sido un sueño que se llama infancia.

EL HOMBRE.- La niñez es la crisálida; de su sueño sale el ser convertido en humana mariposa. El mundo de donde vienes es indudablemente mejor que el nuestro; todos traen de allá tesoros que aquí pierden.

LA NIÑA.- Yo traigo perlas en los ojos y auroras en el corazón.

EL HOMBRE.- Esas perlas serán aquí lágrimas; esas auroras, días funestos. Acaso, por tu mal, hayas equivocado el camino; alza tu vuelo ínterin conservas la pureza de tus alas. Aquí no está lo que buscas.

LA NIÑA.- ¡Esa puerta es tan dorada, tan bella!

EL HOMBRE.- Mentira, oropel; la puerta es de hierro, cierra una cárcel.

LA NIÑA.- Al través de esos dinteles ¡cómo brillan la juventud, los encantos! Es una copia del cielo de donde vengo.

EL HOMBRE.- Pálido remedo, paisaje en lienzo, que muestra su artificio al acercársele.

LA NIÑA.- ¡Ah! las mujeres, míradlas: ¡cuán bellas! Yo también acabo de tomar su forma; como ellas voy a danzar de gozo, a reír de felicidad. Es cierto que algunas lloran y suspiran melancólicas, pero ¿son por eso menos bellas? ¡Qué rendimiento, que agasajo en sus galanes! ¡oh! ¡cuán felices deben ser!

EL HOMBRE.- Ese rendimiento es el opio que adormece, que envenena.
-¡Ellas felices!

Huye la dorada puerta
de una existencia que ignoras,
que en este Edén que ya adoras,
no entre lirios se despierta.

Si en tu cándido delirio
te place nuestra existencia,
nunca sepa tu inocencia
que esta vida es... el martirio.

El Heliotropo
A mi amigo Eduardo Acosta

Despertó alegre una alborada hermosa
Y a la tarde durmió en el ataúd.

Espronceda

I

Es el crepúsculo de una mañana de Abril. En oriente asoman los albores del día, tan hermosos como el primer ensueño de la vida. El cielo está teñido de un ligero color amarillento, ni una nubecilla empaña su risueño confín: el ruiseñor canta sus amores: abre su cáliz la rosa; saltan de flor en flor las mariposillas ostentando su ropaje de mil tintes; -582- que no de otro modo vaga el alma de ilusión en ilusión en la deliciosa mañana del amor primero.

-¡Elina! Aquí, a tu lado; en las orillas de este arroyo que murmura; entre estas rosas y jazmines que embalsaman el aire que respiramos; bajo ese cielo transparente que corona nuestro amor, soy feliz. Te juro que te amaré eternamente.

-Edgardo.

-Sí, te adoro, Elina mía. Toma: he aquí el emblema de mi amor. Esta flor es apasionada como mi alma y melancólica como mi existencia. Hela aquí. Dulce calandria de estos valles, tómala: ¡yo te amo!

Calló Edgardo. Tomó la flor Elina. Es de un perfume delicioso. Cuando se mece en su tallo, se vuelve de continuo hacia el sol, cuyos fuegos bebe con ternura; parece decirle: Astro del día, yo te amo.

Aspírala Elina. Palidece... se agita su pecho... una llama dulcísima corre por sus venas conmoviendo su corazón.

-¡Ah! -prorrumpe-, vos me amáis.

-Sí, te amo.

-¡Ah! yo os amo también. ¡Sí, yo os amo! -dice y llena de encantadora turbación cae en los brazos de Edgardo.

Sonó un beso, el primero de amor: primer capullo de la rosa temprana; ruido armonioso que estremeció las flores, que resonó en los valles y que los valles comprendieron, porque los valles fueron la mansión de Laura y de Petrarca, de Julia y de San Preux; porque la naturaleza ama todo lo que es hermoso y puro como ella, porque es tierna como el amor y sensible como los amantes.

II

¡Partió! ¡No le queda más que su amor! Él ha conmovido pues aquel corazón y se ha enseñoreado de aquella existencia, pura como el aura de primavera, tierna como el arrullo de una tórtola. No sabía Elina lo que era amar. Se deslizaba su vida pacíficamente como un riachuelo por el prado: ahora ama, y este prado se cubre de flores que perfuman su alma, y el riachuelo resbala dulcemente por una senda de encantos.

Se abandona de continuo a ese sentimiento vago, dulce, inefable; a ese

sentimiento, tesoro de un corazón virginal, delicioso Edén de las almas sensibles.

Conserva aún la flor que la dio Edgardo. Recuerda sin cesar aquellas palabras seductoras que fueron a buscar un suspiro hasta el fondo de su alma. Así la voz del torrente va a encontrar un eco en la espesura de las selvas.

En aquel pecho se alimenta la más hermosa de las pasiones. Ardiendo allí noche y día, respira muda y solitaria como una lámpara en el santuario. Aquella flor que la conmovió, que la dio la vida; aquella flor, símbolo de su ternura, constituye su más delicioso encanto. Tiene para ella su esencia un hechizo inexplicable. Cree a veces que la flor le habla, que la dice algo dulce, misterioso, que trastorna su mente y -583- hace palpitar su corazón. Parece que entre sus hojas se encubre una declaración apasionada, un yo os amo; estallido del volcán que arde en el pecho de los amantes. ¡Oh! le conmueve el alma. Si aspira su perfume, el perfume la mata. Es feliz envuelta en el raudal de tan hechiceras sensaciones.

¡Ay! pero la flor se marchita, su aroma se extingue como la voz de un agonizante. La flor es el esqueleto de una ilusión, la sombra de una memoria, un recuerdo del perdido bien; son las cenizas de un volcán cuya erupción ha pasado; la lava fría del corazón que ardió. Aquella flor, imagen de la pasión de Edgardo, se agosta, se destruye como el placer ahuyentado por la furia del dolor. Solo contiene recuerdos. Y ¿qué son los recuerdos, sino la huella del pasado, la tortura del presente, el desconfiar del porvenir? El corazón angustiado, no encontrando felicidad en lo presente, se refugia en lo que fue y nada espera en lo futuro.

III

El verdadero amor es melancólico. Su felicidad es demasiado grande para que pueda conformarse con el ámbito del mundo. Anhela otro menos mezquino, más ideal para desenvolverse y dejar al corazón que hable aquel idioma que los ángeles comprenden; y estos anhelos causan su melancolía.

El placer y el dolor tienen un mismo acento: los suspiros.

El alma comprende más la pasión desgraciada que la feliz, porque hasta las desgracias en el amor son seductoras, y la muerte misma es dulce y aceptable.

Un voto, una palabra de pasión pronunciada en la agonía penetran más el corazón. Los amantes verdaderos y las personas delicadas prefieren oír una historia dolorosa aunque tengan que llorarla. Su llanto entonces es suave como el aura de la mañana; refresca las heridas que causaron las desgracias y llena por instantes el lúgubre vacío que el corazón insaciable siente toda la vida.

Más quiere el amor quejas que halagos.

Los momentos de goce completo pueden dejar huella en el alma; pero los de esa felicidad melancólica y ardiente que embriagados llamamos suprema,

quedan grabados para siempre.

Los primeros conmueven los sentidos; los segundos embriagan el alma; aquellos constituyen un goce voluptuoso, terreno; estos un encanto puro, celestial. Lo primero se llama deleite: lo segundo felicidad.

IV

Han transcurrido tres años. Ni un recuerdo tan solo ha debido a su amante la enamorada Elina. Su pasión crece cada día más, y la consunción destruye aquel pecho sensitivo. Mientras más crece su amor más pierde en vida, tal como el árbol que crece lozano a costa de la tierra que lo sustenta.

Violenta lucha entre el amor y la muerte, entre la felicidad y la vida; lucha ventajosa para la muerte más -584- potente que la vida; esfuerzo de la naturaleza por contener el espíritu que se evapora. ¡Ay! el huracán es más poderoso que la azucena de los campos.

V

Son las cinco de la tarde. Un joven de gallardo porte acaba de llegar a la aldea. Viene de un largo viaje. Está cubierto de polvo su elegante vestido. El robusto caballo jadea y arroja espuma por la boca. Dirígese el joven a una pobre cabaña vieja como el que la habita.

-Dios os guarde, buen hombre.

El anciano se pone de pie y sale a recibirle.

-Bien venido, caballero.

-Es este el camino que conduce a la quinta de N...

-El mismo.

-Gracias.

Iba a continuar su marcha y se detiene.

-¿Habéis visto pasar mucha gente en dirección a la quinta?

-Mucha; como que hoy van a celebrarse las bodas del noble heredero del condado.

-Ya me esperan allí, murmuro el joven.

-Oíd. ¿Vive aún un viejo llamado A...?

-Hele aquí.

-¿Vos?

-Sí.

-¿Y vuestra hija?

-¡Allí está! -exclama el anciano señalando el cielo.

-¡Ha muerto! -dice el joven palideciendo-. ¿Cuánto tiempo hace? -añade con voz trémula.

-Quince días.

-¡Adiós!
Dijo aquel y partió como un relámpago.

VI

Por una senda que atraviesa la espaciosa llanura, camina un joven a gran escape en un fogoso bridón.

-¡Adelante, caro compañero! ¡Oh! ¡demasiado has andado, volador mío! Un poco más... y nada luego.

Hunde sin cesar la plateada espuela en los ijares del corcel. Tendido el cuello, la crin alzada, abierta la nariz, brotado el ojo; ganando espacio las herradas manos y tendida la ondulante cola cual rastro de luminosa exhalación; el frenético potro vuela por la llanura dejando atrás al viento...

-Ni una letra, ni una memoria para la infeliz joven... Mi permanencia en la corte me ha sido muy fatal... ¡Tres años!... ¡Adelante, corcel mío!... Tres años de ausencia... ¡qué, ingrato!... Débil para amar, y luego mis orgullosos padres... quieren casarme!... tiranos... ¡Qué me importan las riquezas... si está vacío mi corazón!... En mis brazos una mujer que no amo... mientras que la que tanto amaba... ¡El hielo baña mi frente!... ¡Camina, vuela, bridón mío! ¡Oh! ¡presto veré su tumba! Creía haberla olvidado, y su muerte ha rasgado mi alma. Arrebátame caballo, como el aquilón la hoja... arrebátame y derrúmbame por un precipicio... ¡Ah! ¡si hubiera con que estrellarme en la carrera! Vuela, compañero de mis fatigas. No escuches mis ayes... ¡Ay! la fiebre me mata. Mi vista se turba... parecenme espectros los árboles... el sol, lo veo eclipsado... el viento revienta mis oídos... ¡Ah! mi corazón quiere romperme el pecho... me falta el aliento...

La inhumana espuela destroza los ijares del caballo; brotan sangre. La febril conmoción del jinete es excesiva...

-¡Oh! ¡he allí su tumba!...

Ha llegado a una altura y se detiene para tomar aliento. Está pálido como la muerte, convulso como la agonía. Sus ojos están secos y quieren salirse de sus órbitas. La fatiga lo ahoga y el dolor lo mata.

-¡Si pudiese llorar!

Divísase a lo lejos el cementerio de la aldea.

VII

¡Pobre Elina! El sol de otoño va a trasmontar. Su luz es débil como el mirar de un moribundo. La brisa vespertina arrulla los cipreses de un cementerio, pobre pero solemne; no contiene marmóreos sepulcros, estatuas

pomposas, ni ruidosos epitafios que traigan a los vivos la vanidosa idea de los que fueron; no se desfigura allí la gravedad de la muerte con el ridículo aparato de necedad mundanal; pero en cambio se presenta tal como es, lúgubre, terrible, silenciosa. Parece que los muertos reposan más tranquilos cuando tienen por única compañía la soledad, y por únicos adornos los atavíos del dolor: la tristeza y el llanto.

La cristiana cruz se eleva en cada sepultura como para mostrar su soberanía en la eternidad.

Apartada de todas las fosas existe una con su cruz también. Junto a ella hay un sauce verde pero fúnebre. Sus ramas flexibles y caídas parecen agobiadas por el dolor; y cuando el viento de la noche conmueve sus hojas se creería que llora.

No hay losa en esta sepultura. Una flor brota de su tierra bendecida, como si el cadáver que duerme en ella hubiese dejado algo en el mundo a quien amar y para quien vivir. ¡Es tan triste morir cuando se ama!

La flor está casi seca; parece carecer de vigor la tierra en que la plantaron: semejante a una pasión efímera que no habiendo en el corazón que la sintiera energía bastante para sustentarla, pierde su lozanía y deja solo en la mente la aridez de una memoria.

VIII

Acaba de desmontarse un joven de su caballo negro que cae muerto de fatiga. Mira el joven con tristeza al muerto animal, y entra en el cementerio. ¿Habrà allí alguna tumba que le demande un suspiro? ¿Tendrá algún espacio de tierra que humedecer con sus lágrimas?

Vagando entre las sepulturas busca con avidez la de un objeto querido. Pintada está en su rostro la amargura, y sus miradas y movimientos son el lenguaje de la consternación.

-¡Aquí está! -exclama por fin.

Había llegado a la tumba inmediata al sauce.

Contempla en doloroso silencio la flor algunos instantes. Arrodíllase, la besa, y la flor rejuveneció cual si estuviese en su más dulce primavera.

Su perfume le llegó al alma y aun le parece que escuchó un suspiro.

¡Ay! un suspiro dulce, triste, eco de la melancolía, suave rayo del eclipsado sol del corazón: el suspiro del ave que llora su consorte; el desahogo de mi alma que pide a Dios: no devorante, desgarrador, ni fatídico; tierno, suave y purísimo. No como del corazón que se ahoga, que grita, sino como del corazón que llora, que pide. Aquel suspiro no lastimaba, enternecía. ¡Oh! al oírlo era menester suspirar también, llorar con el llanto suave que no ensangrienta las mejillas; con lágrimas de dulce compasión.

Levantose el joven después de un rato de postración, y la huella de dos lágrimas estaba marcada en sus mejillas: las mismas que como dos perlas brillaron en la corola de la flor.

A la desesperación ha sucedido la más profunda tristeza.

-¡Pobre Elina! -dice Edgardo con amargura.
Contempla algunos momentos más la tumba de su amada.
-¡Pobre Elina! -exclama otra vez, y sentándose junto al sauce, recostó en su mano trémula su cabeza desmelenada. Está desfigurado su rostro, su mirada está fija... Ni un gemido brota de aquel corazón despedazado. Dolores del presente, recuerdos del bien que ya no existe, venid: encubrid con vuestras negras alas la sombra de una pasión que fue un encanto: despedazad con vuestras garras el corazón del que sufre... pero no, antes arracad, por compasión, de aquel pecho una existencia que tan amarga es.

IX

Pasaron algunos instantes. El manto de la noche cubrió aquellos fúnebres lugares. Oyose entonces un tristísimo acento que decía:

«¡Cuán corta y desdichada fue su vida!
Llevó al sepulcro su ilusión querida.

.....

¡Ay! ¡infeliz de la naciente rosa
Que arrancó de su tallo el aquilón!

.....

De ángel tenía la sonrisa hermosa
Y de tierna paloma el corazón».

Apareció la luna en el horizonte y bañó de luz aquellos sitios.
Edgardo había desaparecido. Brillaban dos lágrimas en los senos del Heliotropo. ¡Oh, rocío de amor!...
Desde entonces esta es la flor que más quieren los amantes.
(Puerto-Rico, 1848.)

El aprecio a la mujer es barómetro de la civilización
La mujer, tema abundoso para el escritor, tan fecundo como lo es ella para la Tierra que habitamos. La diatriba y la apoteosis han encontrado igualmente en este asunto campo en qué plantear sus respectivas tiendas; pero el amor ha sido el ángel salvador de la mujer, y los hombres al erigirla altares, llamándola madre, esposa, amada, amiga, han hecho

afortunadamente que la apoteosis triunfe siempre y en lo general de la diatriba. Así hemos visto de continuo al poeta llamándola rosa del pensil humano y robando su canto al ruiseñor para loarla y celebrarla; al artista pintándola cual virgen, y al filósofo aceptándola a su vez como complemento necesario a la naturaleza y vida del hombre; en tanto que la sátira ha pugnado vanamente por marchitar la rosa del poeta, por manchar la virgen del artista, o por profanar la Eva del filósofo.

No daré yo ciertamente este giro a mis palabras; soy hijo y he sido amante; y si bien no faltaría a mis labios una amorosa y aun amarga queja que de seguro no comprendería en su triste halo a todas las mujeres, jamás mi lengua iría hasta el epigrama, puñal de dos filos que al par que hiriese al amable sexo lastimaría también mi corazón. Es menester, es santo conservar en el alma la creencia y las dulces aspiraciones; es menester no suicidarse en el mundo del cariño, verdadero universo del alma; es menester conservar la fe en la belleza y en la virtud. Belleza y virtud: semejante preciosa dualidad es la síntesis de todas las creaciones; presidió y preside en nuestro mundo; es el espíritu, la esencia y la hechicera forma que preside en la creación de todos esos mundos que a cada instante, a cada soplo, brotan en los espacios al mágico, grandioso y repetido fiat-lux del Hacedor: belleza y virtud, tal es la fórmula.

Ahora bien, donde quiera y cuando quiera que esta dualidad ha obtenido el necesario imperio, allí ha existido una civilización consumada por más que pudiese acusársela de imperfecta, relativamente, por extrañas causas, rémoras sin duda de aquellos dos principios.

No buscaremos por cierto civilización militante ni progresiva en aquellos pueblos en que la mujer, condenada a servidumbre, se ocupa solo en las duras faenas desdeñadas por el hombre, que allí se reserva para el combate, o para la holganza, o para el gobierno, fenómeno que hase verificado en la primitiva edad de casi todos los pueblos, bien hayan vagado en tribus, bien háyanse estacionado en poblaciones, ora en el Asia, ora en las regiones célticas, ora en el nuevo mundo; ni buscaremos tampoco savia progresista en aquellos pueblos índicos, por ejemplo, en que la mujer, propiedad exclusiva del hombre, hallábase obligada a sepultarse viva con el difunto esposo, cual viviente sudario, cual lastimera novia de la muerte.

Es evidente que, sin que sea ya necesario en nuestra época refutar el exclusivo sistema del filósofo de Ginebra, el mencionado período no puede tampoco llamarse estado natural, puesto que nunca debe juzgarse al hombre más próximo a su estado natural, que cuando se encuentra mejor aparejado en la vía de civilizarse y perfeccionarse. El estado de naturaleza que imagina o establece el citado filósofo, está en palpable contradicción con la verdad, puesto que el hombre no fue creado para los bosques como los lobos, sino para la civilización que le acerca a la belleza y a la virtud. Y ciertamente que el artista a quien ocurrió pintar al hombre de Rousseau despojándose de sus vestidos para ir a buscar en lo agreste de las selvas la dulce ventura de su estado natural, anduvo acertado, y su ocurrencia fue por demás ingeniosa, apropiada y peregrina. Si en semejante período anti-civilizado de los pueblos buscamos a la mujer, la encontraremos bárbara y esclava.

Pasemos pues en la continuación de mi propósito a examinar, siquiera sea sobre la marcha, la fisonomía histórica de algunos pueblos cuya civilización relativa se ha consumado en cierto modo, es decir en sus naturales límites, con arreglo a la época y a la civilización activa y general del mundo. Examinemos los pueblos más conocidos. El pueblo hebreo, verbi-gracia, que nació con Abraham para morir a manos de Roma, realizó todas las fases posibles de su civilización, abstracción hecha de tiempos y lugares respecto de nosotros, porque en la historia no puede haber más que épocas semejantes, y entre las aspiraciones del pueblo más culto de otro tiempo y los nuestros hay un abismo de diferencias. El pueblo hebreo a pesar de ser uno de los más ignorantes de la tierra, tuvo en su theísmo puro, o seáse en el espiritualismo unitario, su salvación moral respecto de la historia, puesto que por aquella dote excelentísima preparó las épocas modernas emanando al Mesías, redentor divino, salvador de la idea universal. No puede ofrecerse un problema mejor resuelto ni una civilización más relativamente consumada en aquel pueblo que produjo gérmenes y savia para engendrar nuevas civilizaciones; porque sea dicho aunque de paso: es necesario comprender que las civilizaciones peculiares de los pueblos y sobre todo las de algunos en los cuales aparece el fenómeno mejor caracterizado, no mueren, porque su espíritu es el espíritu inmortal y como él se transforman, transmigran, se transfiguran. La espiral en sus diversas e infinitas evoluciones, ensancha su diámetro, pero al centro permanece, la espiral es infinita. El pueblo hebreo consumó su evolución, fue consumadamente civilizado. ¿Qué papel hizo en esta evolución la mujer? Siguió la marcha lógica, y sin perder su carácter local, pasó de liberta como Rebeca a heroína como Judith, aceptada, querida y estimada, su apoteosis fue la de un salvador. Y adviértase que era tal la dinamia espiritualista de este pueblo, estacionario si se quiere en cierto modo, pero depositario de un arca santa de espíritu y unción, que ni aun la poligamia allí establecida pudo impedir el progreso de la mujer ni mucho menos envilecerla. El tipo purísimo de María no rechaza como precursoras en las virtudes a las Ruth ni a las Susanas. Pasemos a Grecia. -Este pueblo conservó también su arca de alianza, este pueblo vivificó también a la humanidad con la rica savia de su civilización; de su civilización también resuelta, consumada y lo que es más, como la hebrea, productiva. -Artes, ciencias, virtudes, en una palabra: Minerva, una diosa, es decir, la mujer; he aquí la verdad de mi propósito. -Y luego, la Helena que nos ha legado, belleza de todos los tiempos, tipo que, si ocasionó discordias radicales, inspiró cantos homéricos, dio vida a los artistas, creó lo inimitable y morando como perfume celestial en el alma de los griegos y viviendo en ellos como la fórmula de un casto paraíso, hase alzado por último altares en la inteligencia y el sentimiento de todas las generaciones, del mundo entero. Y ¿Penélope? ¿la esposa pura y prudente de todos los tiempos, la esposa del alma y del corazón? ¡Pero la Grecia! Su nombre solo, es miel como la miel de sus panales; al pronunciarlo, deja dulzura en los labios y descoge ante los ojos la perspectiva de un grato cielo. Y en esta Grecia ¿qué fue la mujer? Fue amor casto en Penélope, hermosura en Venus, belleza ideal en Helena, fue artista, fue sabia: Minerva, diosa. -La Grecia fue pues una nación consumadamente civilizada; la mujer lo está

mostrando: fue allí, hasta diosa.

¿Y qué dirá Roma? ¿Qué dice esa hija de Rómulo y de Numa que crece para producir a los Tiberios y Nerones, que se eleva y domina para despedazarse trágicamente y legar a pueblos bárbaros una civilización griega fecunda; una civilización romana, espúrea, infecunda en bienes? Madre ingrata que no merecía los huesos de sus hijos, meretriz indigna que quería venderse al que la compraba.

También ella resolvió su problema; ínterin fue vencedora o mejor dicho colonia de la Grecia, tuvo virtudes, cuando comenzó a ser romana, crímenes. Su primer período produjo las Porcias y las matronas; la esposa de un Catón no era cedida entonces sino por sublime extravagancia, por la grande estima en que la tenía el esposo, empero cayó aquella Roma en mano de los Césares, y sus mujeres fueron Mesalinas. Con un César, (marido de todas las mujeres...)7 debía necesariamente comenzar el desprecio hacia las mismas. He aquí marcada la decadencia.

Los bárbaros y el cristianismo hicieron bien en lanzarla de sus lares; los hijos de los primeros hicieron mal en adoptar su pernicioso ejemplo. La muerte de Roma dio nacimiento a la edad media. Llega esta a su vez, y en la mujer se marca su carácter de lucha, de ambigüedad, de inconsecuencia. La mujer no era en la edad media la Mesalina, era la dama del caballero, pero la dama cautiva, el ídolo encadenado en su propio altar y destinado a enmudecer y a aletargarse con el humo de un incienso embriagador. El feudo de las cien doncellas, el derecho de pernada, el de vida en el marido para castigo del adulterio, la consagración forzosa y absoluta de la mujer a los menesteres mecánicos del hogar, su nulidad en el estado, todo prueba que la invocación caballeresca de Dios y mi dama era pura vanidad del caballero, glorificación fútil e ilusoria; pura galantería, no verdadera estimación.

Llegan pues las edades modernas. Jerusalem y Atenas se unen; el cristianismo y la filosofía, en fraternal consorcio, llaman a su puesto a la mujer. No es ya crimen que se instruya; su puesto en el estado se quiere ya reconocer como legítimo y valioso; se concede que la madre es la base de la familia, del estado, de la sociedad en general. Atrás los partidarios de los Atilas, de los Meroveos y de los Ataulfos: la sociedad consume su civilización; signo de ello, la emancipación racional de la mujer: palabra nueva, dogma fecundo. En vano la falsa galantería se viste con la exterioridad de un servil afecto, en vano pretende para la dama un trono de amor con tal que renuncie a su papel cívico, en vano sonrío burlescamente al contemplarla en lucha con su ignorancia suponiéndola nacida para solo reinar por la galantería y la hermosura, en vano pretende arredrar con el desdén a la que como él nació inteligente y que como tal intenta quebrantar la barrera de las preocupaciones para ilustrarse y pensar y rivalizar con el hombre en el noble palenque de la ciencia y de los derechos. La mujer contesta a su sarcasmo con noble empeño y elevándose en alas del ingenio común a la especie humana, marca con el dedo como el mejor agente en esa civilización universal que marcha sin esfuerzo pero inflexible, al pueblo que mejor instruye y hace más cívica a la mujer. La mujer ha pasado por la esfera de las esclavas y de las libertas, ha ocupado el trono de las diosas, ese no es su fin, ese no es su camino, la mujer se eleva más, camina mejor hacia su estado natural

haciéndose ciudadana; he aquí uno de los problemas que tiene que resolver el siglo XIX.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo